

Escuela y familia: bricolage educativo

Ordinariamente los padres educan a sus hijos solamente para adaptarles al mundo actual, por corrompido que esté. Deberían más bien darles una educación mejor, a fin de que un mejor estado pueda surgir en el porvenir. (I. Kant)

.....
Luis A. Aranguren Gonzalo

Miembro del Instituto E.Mounier.

La necesidad de acotar hace imprescindible aclarar a qué me voy a referir en este artículo. Hablo de familias compuestas por padre, madre e hijos. Es decir, que no me ocuparé de familias monoparentales, por las causas que fueren. Ni me detendré en las particularidades de los padres separados o divorciados. Me voy a centrar, igualmente,

en familias que viven en unas condiciones materiales aceptables, es decir, que no pertenecen al submundo de la exclusión social. La cuestión educativa en familias monoparentales, en familias cuyos padres están separados o divorciados y en aquellas vinculadas a la exclusión social (cuando no en las tres situaciones al mismo tiempo) merecen también una reflexión; pero será en otro momento.

Una familia con los papeles cambiados

Los niños en edad escolar pasan más horas al día en la Escuela que en su casa, y eso es mucho decir, porque en muchas ocasiones ni siquiera la casa está poblada por padres y madres sino por cuidadoras, vecinas o por los abuelos, esos neopadres abnegadamente reciclados. En esta constelación de ausencias y de presencias, se dibuja una auténtica confusión de papeles educativos. El abuelo hace de madre cuidadora, la cuidadora hace de padre que pone normas de mínimo comportamiento para que la casa no se venga abajo, la abuela ayuda a hacer los deberes al nieto, ... ¿Y los padres? «De camino», dicen a través del móvil. Semejante desatino se completa cuando el padre lucha por hacerse «colega» de su hijo o la madre «confidente» de su hija. Se renuncia



CRISIS DE LA FAMILIA

expresamente a la condición de padres-educadores que marcan pautas de actuación, orientan a sus hijos, imponen normas de comportamiento y velan por el desarrollo armonioso de la convivencia familiar.

Se fomenta con demasiada facilidad el mito de la familia simétrica y democrática, en la que todo lo decidimos entre todos, donde la voz cantante la tienen los pequeños de casa que con su simpatía y aparente ingenuidad consiguen todos sus objetivos estratégicos, que normalmente tienen la forma de objeto de consumo inmediato. Es la nueva «ley del menor»: el menor manda, ordena y dicta las no-normas de comportamiento. A los hijos se les da excesivo poder, en nombre de una democracia asamblearia mal entendida. Una cosa es que las normas se dialoguen, y otra cosa es que para mantener la «pax doméstica» se haga lo que diga o grite el tierno infante. La cosa es que no haya conflictos y que se mantenga el «buen rollito», por encima de todo. Las consecuencias de esta situación nos proporcionan una gama de inmadureces disfrazadas de autonomía.

«Haz lo que quieras»

La confusión de papeles familiares tiene su efecto inmediato en la ausencia de criterios éticos con los que vivir, no sólo en casa, sino para hacer frente a una vida que los chavales van degustando como si de una película se tratase. Se continúa en la vida real aquella otra virtual que nace de la imaginación, de la fantasía y de los modelos televisivos de comportamiento. Ni una fisura, ni una mala insatisfacción. Ahí tenemos esos chavales que crecen a golpe de video juego, de ordenador con juegos de rol, de móvil con juego de mensajes, de modo que el juego campa a sus anchas al ritmo de la vida es juego. Pero los juegos, juegos son, y tanto juego eclipsa la vida real.

El tipo de juegos que al amparo de la última tecnología desarrollan nuestros pequeños se caracteriza por la ausencia de reglas y de normas: tenemos a chavales que pasan horas y horas ensimismados con su *game-boy*. «Mejor, menos lata darán». Se individualizan en extremo los juegos de manera que los chavales ya no saben pasarlo bien con otros. Dos consecuencias inmediatas se nos aparecen en el horizonte educativo. Por un lado nos encontramos con chavales que han crecido y crecen sin haber ejercido el más mínimo esfuerzo: lo han tenido todo hecho, todo demasiado fácil. Nada cuesta; el gusto, al instante; el deseo, satisfecho. Los deseos ilimitados chocan con la realidad, pero he aquí, que los padres defensores de la eternización de la inocencia infantil quitan del camino las piedras, los baches y con urgencia preparan al-

El acto educativo constituye un deber mancomunado entre familia y escuela, sin dimisiones anticipadas.

fombras, cojines y colchones que aseguren que nada pase y que los deseos continúen siendo satisfechos. Y esto, en segundo lugar, tiene un precio: nos encontramos ante niños que no tole-

ran la frustración y que necesitan ser recompensados permanentemente. No hay compra colectiva en la que los hijos no saquen su «tajada». El chantaje afectivo es la moneda de cambio en las familias hiperocupadas. Más que aprendices de ser personas, los chavales son maestros del consumismo feroz. Se tiene una noción de la frustración como algo definitivamente negativo, que hay que evitar. Y es lógico, al ritmo de «no hay que decirles nada, que se frustran», la sociedad de los triunfadores no admite a los que tropiezan y se caen. Frustración es sinónimo de fracaso y éste de sin-sentido. Cuando en realidad, la frustración y el fracaso son llamadas de la realidad que nos invita a instalarnos cordial y posibilitantemente en ella.

Todas estas situaciones desembocan en un panorama educativo familiar en el que sobresale una característica fundamental: niños que crecen sin límites normativos a los que atenerse. Los límites, a pesar de las protestas y negaciones primeras, proporcionan al niño un marco de seguridad absolutamente necesario para su crecimiento psicológico y afectivo. Los límites marcan las reglas de juego y de respeto mutuo, alientan a la responsabilidad personal y en sí mismos son educativos. Es preciso desactivar el mito de que poner límites tiene como consecuencia la represión de los niños. Cuanto antes se pongan, mejor. Hay cosas que son negociables y otras que no, aunque causen disgusto. La obediencia obliga a la reflexión y en modo alguno es un acto de sumisión, a no ser que nos refiramos a padres dictadores. La ausencia de límites favorece en muchos casos el tipo de chaval despota, agresivo, desobediente, intolerante y caprichoso que, desgraciadamente, abunda cada día más. No se trata de familias desestructuradas por culpa de la marginación social, sino de familias cuyos progenitores no han asumido del todo su condición de padres, es decir, y entre otras cosas, de educadores que marcan pautas, señalan límites, orientan sobre las nociones del bien y del mal ético, estimulan hacia el trabajo bien hecho, valoran el esfuerzo y la dedicación, normalizan la categoría de deberes como la posibilidad de atenernos con madurez a los valores que aspiramos.

«Ustedes verán lo que hacen»

A la Escuela le llueven las demandas; debe hacerse cargo de casi todo. La familia es como un bosque deforestado de valores cuyos hijos, agua vertiginosa necesitada de

contención, van a parar violentamente a una Escuela incapaz de hacer frente a semejante aluvión. A la Escuela se le exige demasiado y hay quien le otorga los papeles no asumidos por los padres, cosa imposible, por definición. Cuando la inmadurez de los padres choca con situaciones de difícil solución en casa, a tenor del crecimiento de los hijos, nos encontramos con las repercusiones que este tipo de desarrollo está generando en las escuelas. Siempre recordaré aquellas madres de alumnos del entonces 2º de BUP (16-17 años) a las que citaba como tutor de sus hijos y que con abatimiento reconocían que «nada po-dían hacer», «que sus hijos se les subían a la chepa», que el padre no quería saber nada y ellas no alcanzaban a entender qué estaba pasando cuando a sus chicos no les faltaba de nada y les habían dado de todo... Total: «Ustedes verán qué hacen con mi hijo». Es la dimisión de la condición de padres. La escuela se convierte en una instancia en la que se deposita a los hijos y en la que se hace tremendamente difícil perseguir objetivos educativos.

Durante los últimos años venimos asistiendo a una escalada de comportamientos transgresores que en no pocos casos conducen a agresiones y conductas que rayan con la tiranía. Las consecuencias inmediatas son el descontento, el desfondamiento y el desencanto docente. No es de extrañar que para muchos profesores, la situación que se plantea no es ya de orden educativo sino que lo que peligra es la seguridad de los propios maestros y de las instalaciones escolares. Esta visión de las cosas acentúa la propuesta de tratar tan espinoso asunto desde un punto de vista exclusivamente policial y judicial; propuesta que no comparto, pero que entiendo, en especial cuando las personas se sienten desbordadas y con la autoridad moral por los suelos. Y en esta situación de caos educativo los padres tienen una enorme responsabilidad, porque jugando a ser colegas, no han sabido ser padres.

Por otra parte, la Reforma educativa no ha atajado problemas básicos, incluso los ha agudizado. La escolarización obligatoria en el tramo de 14-16 años, ha creado una bolsa de lo que se conoce como «objetores escolares», que no dan más de sí y no desean continuar estudiando, buscando para ello cualquier salida, normalmente transgresora. La Reforma educativa, tan procedimentalista ella, ha naufragado a la hora de poner en marcha los «cómos» concretos mediante los cuales hacer frente a las situaciones de «diversificación» y de «integración» del alumnado que presenta necesidades educativas especiales, y que cada día es mayor; los profesores

Querer educar es la muestra de que el acto educativo merece la pena y que por lo tanto sería conveniente creer en lo que hacemos, mientras que no dimitamos ni como padres ni como maestros.

de apoyo, las dotaciones de medios materiales y económicos están más en los papeles que en las aulas.

La cadena entre familia y escuela está rota y el profesorado no es ni debe ser el padre y la madre de cada niño en cuestión. Así las cosas, el objetivo de muchos profesores es que pasen los días lo más rápido posible, y los que ya llevan años en el asunto y añoran tiempos pasados, tan sólo cuentan los días para la jubilación. La desmotivación y la ausencia de sustancia educativa en el quehacer cotidiano, hunde al profesorado en la impotencia. Entre familia y escuela se da un «bricolage» educativo hecho de desaciertos, cansancios e impotencias que no tienen posibilidad de encuentro, porque cuando ambas instancias se cruzan en el camino, con frecuencia surgen sospechas de lo mal que lo hace el otro.

Nudos para tejer la necesaria red entre familia y escuela

Aunque el diagnóstico es duro y no admite paños calientes, hay que apostar por tratamientos de choque que no son mera teoría, sino que también parten de experiencias educativas compartidas entre familias y escuela, unas más añejas y otras más novedosas. No nos olvidemos que la educación es posible allí donde el cambio es posible y donde los educadores (tanto padres como profesores) no sucumben ante la impertinencia del determinismo histórico que en este tiempo grita «nada se puede hacer». Se puede y se debe hacer, aunque sea «de a poquito». Por mi parte, aquí dejo mis propuestas, a modo de decálogo:

1. Tomar conciencia de que la realidad de los chavales de este comienzo de siglo es tremendamente dura y desbordante para todos, y que el acto educativo constituye un deber mancomunado entre familia y escuela, sin dimisiones anticipadas. La artesanía educativa de padres y maestros debe abrirse camino entre los reclamos publicitarios de los medios de comunicación de masas.

2. Intentar dar los mismos mensajes educativos en casa y en clase. Mensajes en torno a cuestiones cotidianas: resolución de conflictos, criterios de uso del dinero, de la televisión, de los juegos tecno-individualistas, normas de comportamiento, reparto de responsabilidades y tareas, condiciones para el diálogo, señalar aquello que está bien y lo que está mal, desde el punto de vista ético. La educación en valores a través de los temas transversales deberían ser conocidos y trabajados por los padres.

CRISIS DE LA FAMILIA

3. Utilizar al máximo la tutoría como mediación para el encuentro entre padres y escuela. La tutoría debe ser el espacio privilegiado para compartir información, establecer pactos de trabajo de exigencia mutua, consensuar decisiones y tomar el pulso del proceso educativo de cada niño.

4. Marcar hábitos y ritmos de trabajo personalizados. Allí donde haya agenda escolar, que circule con conocimiento de causa tanto en la escuela como en casa. El hábito no se logra si no es con una cierta disciplina (otra palabra denostada). Ni la disciplina ni el hábito son espontáneos; necesitan de estímulo, de apoyo exterior y de acompañamiento inicial. Para que los niños tengan su espacio físico y temporal hay que ajustar actividades y horario. Urge revisar, entonces, la cantidad y calidad de actividades extra escolares que realizan los chavales. Igualmente es necesario revisar las actividades nocturnas de niños que se quedan con sus padres enganchados a la televisión después de cenar, y que durante el día permanecen sonámbulos en clase.

5. Facilitar el conocimiento de grupos de socialización sanos y que fomenten actividades deportivas, de conocimiento y protección del medio ambiente, de ocupación creativa del tiempo libre, etc. El grupo de amigos es el cauce de socialización más querido por los chavales. En lo posible hay que estar informados del tipo de grupos a los que ellos pertenecen, así como ofrecer grupos y asociaciones alternativos.

6. Participar en las Asociaciones de padres y de madres de las escuelas. Con frecuencia, esta participación se entiende como una labor de oposición controladora a lo que hacen los profesores del centro escolar. Sin negar esta labor de control, a mi juicio hay que introducir la mentalidad de colaboración en una labor educativa, repito, que no es «de ellos» ni de «nosotros», sino de todos, cada uno asumiendo sus responsabilidades. Tampoco la colaboración debe ceñirse a organizar la fiesta de fin de curso. En el colegio de mis hijos se detectó que los chavales apenas jugaban entre ellos en los recreos, y cada uno andaba con su game-boy a cuestas, y los que no tenían estos artefactos caminaban en la deriva del aburrimiento. Durante un mes, los viernes por la tarde y después del horario de clase, un grupo de padres y de profesores organizaron un taller de recuperación de juegos tradicionales dirigido a los niños y a sus padres. Iniciativas de este tipo son posibles, no cuestan dinero y hacen frente a situaciones conflictivas.

7. Proponer la apertura de la escuela al barrio o al pueblo. Es preciso abrir las ventanas y las puertas de la escuela, en la conciencia de que ésta está tocando fondo, y es preciso concienciar a los agentes sociales y sanitarios del territorio que la prevención de riesgos hoy, en el ámbito de los chavales, sólo se consigue mediante la acción conjunta y prospectiva de manera que sea habitual que técnicos de salud se pasen por las aulas informando sobre los riesgos de la bebida o de la droga, que las organizaciones cívicas informen de sus actividades, que la educación, en definitiva, constituya una tarea participada desde instancias diversas y complementarias.

8. Abrir la escuela a las organizaciones sociovoluntarias, que pueden realizar en el centro escolar y fuera del horario lectivo, actividades de apoyo y refuerzo escolar, actividades culturales.

9. Desechar las actitudes de sospecha frente al profesorado y abandonar la idea de que los niños son una especie de jarrones chinos intocables, es decir, in-correctibles.

10. Remoralizar nuestra apuesta educativa de manera que, siguiendo a García Morente, maestros y profesores seamos personas que «queramos educar», y no que «eduquemos sin querer», sin pasión, sin gusto por la obra que vamos perfilando. Querer educar es la muestra de que el acto educativo merece la pena y que por lo tanto sería conveniente creer en lo que hacemos, mientras que no dimitamos ni como padres ni como maestros.